

IRIS RIVERA

Mitos y leyendas de la Argentina

Historias que cuenta
nuestro pueblo



Estrada



Azulejos



Mitos y leyendas de la Argentina

Historias que cuenta nuestro pueblo

Iris Rivera

ILUSTRACIONES
DE DIEGO MOSCATO

Coordinadora del Área de Literatura: Laura Giussani
Editoras: Florencia Carrizo y Pilar Muñoz Lascano
Actividades: Silvana Daszuk
Jefe del Departamento de Arte y Diseño: Lucas Frontera Schällibaum
Diagramación: Dinamo
Corrector: Mariano Sanz

Rivera, Iris

Mitos y leyendas de la Argentina : historias que cuenta nuestro pueblo / Iris Rivera ; contribuciones de Silvana Daszuk ; ilustrado por Diego Moscato. - 3a ed. 6a reimp. - Boulogne : Estrada, 2018.
128 p. : il. ; 19 x 14 cm. - (Azulejos. Naranja ; 20)

ISBN 978-950-01-1661-9

1. Leyendas. 2. Mitos. I. Silvana Daszuk, , colab. II. Moscato, Diego, illus. III. Título.
CDD 398.2



COLECCIÓN AZULEJOS - SERIE NARANJA

20

© Editorial Estrada S. A., 2013.

Editorial Estrada S.A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.editorialestrada.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en Argentina.

Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-1661-9

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente por ningún medio, tratamiento o procedimiento, ya sea mediante reprografía, fotocopia, microfilmación o mimeografía, o cualquier otro sistema mecánico, electrónico, fotoquímico, magnético, informático o electroóptico. Cualquier reproducción, no autorizada por los editores, viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

Índice

La autora y la obra	5
La Deolinda	11
Lobisón	21
La Telesita	37
El gauchito Gil	47
La Viuda	57
El Sombrerudo	69
La Salamanca	81
Santos Vega	93
El Pujllay	107
Actividades	119

La autora
y la obra



IRIS RIVERA, la autora de estas versiones, nació en Buenos Aires en 1950 y, desde entonces, vive en Longchamps, en la zona sur del conurbano bonaerense.

Es profesora en Filosofía y Ciencias de la Educación. Trabajó como maestra de grado durante más de veinte años y también como profesora. Hoy en día, coordina talleres literarios para niños, jóvenes y adultos. Colaboró como autora en publicaciones infantiles. Actualmente lo hace en la revista *Biffliken*.

Publica literatura. Algunos de sus libros son: *Relatos relocos*, *El señor Medina*, *La nena de las estampitas*, *La casa del árbol*, *Manos brujas*, *Aire de familia*, *Cuentos con tías / Vivir para contarlos* y *Los viejitos de la casa*.

Varias de sus publicaciones tienen que ver con volver a contar historias que, por muchas razones, han sobrevivido al paso de los siglos. Entre ellas: *La mancha de Don Quijote*, *Hércules*, *Mitos de los terribles dioses griegos* y, en esta editorial, *Frankenstein*, *Cuentos populares de aquí y de allá* y el presente título *Mitos y leyendas de la Argentina*.

Cuando le preguntan si escribe para chicos o para grandes, le gusta responder que escribe para personas que están creciendo y que, por suerte, las personas podemos estar creciendo a cualquier edad.



Los mitos y las leyendas

Los mitos y las leyendas son relatos de cosas que, según se cree, pasaron “hace bastante tiempo”. Porque se necesita bastante tiempo para que algo o alguien se transforme en un mito o una leyenda.

Muchos de esos relatos se originan cuando algún personaje del pueblo, por circunstancias que le tocaron vivir, se convierte en una especie de “héroe” o de “heroína”. La gente del lugar comienza a sentir admiración por él o ella y, muy pronto, pasa de la admiración a la devoción, hasta que llega a consagrarlos como “santitos”. Esto ha ocurrido en nuestro país con la Difunta Correa, la Telesita, el gauchito Gil...

También, en el decir del pueblo, existen lugares “legendarios”, como la Salamanca, y seres que muchos aseguran haber visto o haber creído ver, como el Pujillay, el Sombrerudo, Santos Vega o la Viuda.

Lo que se dice de todos ellos, en los mitos y las leyendas que cuenta la gente, ilumina la realidad de una manera que podemos llamar “poética”. No son verdades comprobables, pero son relatos que iluminan con una luz distinta los hechos reales. Y esta manera de mostrar la realidad tiene que ver con el arte de contar historias.



El arte de contar historias

Mucho, pero mucho antes de estar en los libros, todos los mitos y las leyendas populares han estado, están y seguirán estando en la boca de la gente, en la forma de decir, en la manera de hablar del pueblo. Y así, de boca en boca, estas historias se han ido transmitiendo y haciéndose conocidas mucho antes de que alguien las pusiera en un libro. Y también mucho después.

Las versiones que van a leer buscan reproducir esas formas y maneras del lenguaje oral, que son diferentes en cada región del país. Así, van a notar que el narrador de “El pujllay” habla como nacido en Jujuy. En cambio, en la historia del Sombrejudo, la forma de hablar de los personajes “suena” distinta, y eso se debe a que son catamarqueños.

En las historias del lobisón y del gauchito Gil, la manera de decir es correntina. Intenta ser sanjuanina en “La Deolinda”, y santiagueña, en “La Telesita”. En cambio, la historia de Santos Vega trata de reproducir el habla de los paisanos de la pampa bonaerense.

Con ese y otros recursos de escritura, se trata de que ustedes, los lectores y las lectoras, sientan que, al leer, están “escuchando” la voz del que cuenta. Ni más ni menos que si estuvieran en una ronda de fogón y, entre cuento y cuento, los convidaran con un mate.

La Deolinda

En la provincia de San Juan, a sesenta kilómetros de la ciudad capital, luego de atravesar Caucete y Vallecito, se encuentra el santuario de la Difunta Correa. Está en la cima de una colina, donde, según la tradición, Deolinda Correa halló la muerte.

Cuentan que esta historia sucedió en 1835, en el marco de los enfrentamientos militares que tenían lugar entonces en la Argentina. Deolinda estaba muy enamorada de su marido, y ambos amaban al bebé que acababa de nacerles. Pero el atropello, los celos, el poder y la guerra iban a separarlos...

Esta es la historia de Deolinda y de cómo llegó a convertirse en la Difunta Correa. Una historia que mueve la fe de los miles de devotos que, todos los años, visitan su santuario o la veneran en los pequeños altares que se encuentran a la vera de todas las rutas del país.

La Deolinda

Ella tenía dieciocho años. Era una flor del valle por lo simple, por lo fresca, por lo linda. Y amaba tanto al Baudillo, su marido. Él tenía veinte años y un bebé goloso que mamaba la leche de la Deolinda. El hijo de los dos.

Hasta que apareció un hombre de apellido Rancagua, un militar con fama de sanguinario. Y le echó el ojo a esa madrecita que le daba el pecho al hijo y los amores al marido.

Pero ella ni lo miraba. Por eso a Rancagua le subieron por las tripas unos celos negros. Y lo primero que pensó fue sacar del medio al condenado ese del Baudillo. No sería tan difícil. ¿O para qué tenía sus galones¹, su tropa, sus influencias políticas? Para usarlas. Y las usó. Le vino bien la guerra civil², que derramaba sangre de hermanos en el país por esos tiempos.

1 Distintivos que llevan los militares en la manga de la chaqueta, para indicar el rango.

2 Una guerra civil es aquella en la que se enfrentan los habitantes de un mismo pueblo o nación.

Sus tropas estaban en La Rioja y la parejita, en San Juan. Provincias vecinas, esas. Fue fácil para Rancagua conseguir la orden. Y reclutaron nomás al Baudillo para la guerra.

Lo llevaron desde San Juan a La Rioja, por la fuerza. De otra forma no lo hubieran separado de la Deolinda y del hijo. Por la fuerza y a la guerra.

Si lo mataban, mejor.

Mejor, porque así a Rancagua le quedaba el terreno libre para conquistar a la florcita del valle. O eso le parecía... pero a la Deolinda se le hubiera secado la leche antes que vivir separada del Baudillo. Y fue tras él. Envolvió al hijo y fue.

Había que animársele al desierto sanjuanino, pero ella tenía las piernas jóvenes, algunas provisiones y suficiente agua. Cuando Rancagua llegó a rondarle el rancho, no la encontró.

La Deolinda ya andaba por tierras pedregosas. Tenía que caminar siempre hacia el este y no perder de vista los algarrobos. Así le habían explicado. Y caminaba la Deolinda bajo un sol de brasa. Y la empujaba el viento Zonda³

3 Viento cálido y seco que sopla en los valles cordilleranos de la Argentina.

a bocanadas calientes. Comía charqui⁴ y patay⁵, que cargaba a la espalda. Bebía el agua que llevaba, a tragos cortos, porque los ríos del desierto corren secos.

El agua de a traguitos y el charqui y el patay se le volían leche a la Deolinda. Leche para ese cachorro goloso que mamaba y dormía y volvía a mamar.

Pero el camino es largo, el sol aprieta, la comida se acaba, el agua es poca. Y la Deolinda sigue. El pedregal le hace llagas en los pies. Después viene la noche con sombras que estremecen. Y la Deolinda va. Cuando se acaba la comida, come raíces. Cuando se acaba el agua, chupa higos de tuna⁶.

Pero desierto adentro ya no hay plantas. No hay tunas ni raíces, ya no hay nada. Solo los algarrobos siempre al este, siempre lejos. Y la Deolinda va.

El desierto le ofrece piedra y tierra. Y come tierra la Deolinda, para calmar el hambre, para seguir.

Y la tierra le lija la garganta, le empasta la saliva, le abre grietas.

4 Carne salada y puesta a secar, para conservarla.

5 Especie de pan que se prepara con harina de algarroba o de mistol.

6 La tuna es una planta de la familia de los cactus. Su fruto, comestible y de sabor agradable, se denomina higo, que es también el nombre del fruto de la higuera.



Ahora está subiendo por un cerro bajo, pero resulta altísimo para sus fuerzas flacas⁷. Ahora llega a la cima y trastabilla⁸ otra vez. Quiere seguir, pero las piernas se le ablandan. Cae de costado, protegiendo al hijo. No tiene fuerzas, pero tiene miedo. Porque el cachorro chupa de sus pechos, pero ¿hasta cuándo?

Ahora se arrastra la Deolinda, que ya no puede más. Ahora, afiebrada, se vuelve boca arriba. Las grietas de sus labios se parten más porque murmura.

Le está pidiendo al Cielo que no se acabe la leche de sus pechos. Está rogando mientras el sol aprieta y el desierto sopla. Mientras el hijo chupa y ella cierra los ojos. Y no los abre nunca más.



Tres días después, andan unos arrieros⁹ por la zona de Vallecito¹⁰, cuando ven dos chimangos¹¹ que vuelan alto, en círculos, sobre un cerro pequeño.

7 Escasas, pobres.

8 Tropiezo.

9 Personas que conducen el ganado.

10 Lugar de la provincia de San Juan.

11 Aves carroñeras, es decir que se alimentan principalmente de restos de animales muertos.

Son carroñeros los chimangos. Los arrieros lo saben. ,

—Animal muerto debe de haber —opina uno.

—Ajá —confirma el otro.

Y se disponen a seguir de largo, cuando un sonido los detiene.

—Llanto de niño, parece.

—Pues llanto, sí.

Y se persignan¹².

Allá van los arrieros, cerro arriba. Van a enterarse de qué animal ha muerto. Van a mirar de dónde viene ese llantito que ahora paró y ahora sigue y que ojalá no sea de almita en pena.

Así es como la encuentran a la Deolinda, difunta tres días atrás. Su sombra le hace sombra al hijo que llora y mama. Que mama todavía.

Ahora los arrieros caen de rodillas. Con el sombrero al pecho están orando por la madre.

Uno se levanta y alza al hijo con sus manazas torpes, que no lo saben alzar. Mira mejor a la madre. Del cuello de ella cuelga una medallita. El otro la ha tomado entre los dedos. La está mirando fijo.

—Es... la Deolinda —dice—. La Deolinda Correa.

12 Se hacen la señal de la cruz.

—¡Ave María!

La entierran allí mismo, en Vallecito. El bebé se ha salvado. Ni muerta lo abandonó.



Milagro, dicen en el pueblo. Leche viva de madre difunta. La historia de la Deolinda va de boca en boca. En Vallecito levantan una capilla.

Un día alguien le deja, como ofrenda, una botella de agua. La botella conmueve al próximo que llega. Y ese le trae un jarro rebosante¹³. Otro le acerca una botija¹⁴. Otro más llena una damajuana. Agua y más agua para la pobrecita. Y que no sufra nunca más de sed.

Una muchacha le lleva su vestido de novia. Y otra novia le deja su ramo de azahar. Y otra más, sus zapatos, su tocado de tul. Velas también. Y más ofrendas. Cada vez más.

La Deolinda Correa ya es una santita. Las madres le piden leche para sus pechos. Los novios que se pelearon le ruegan que los una, y los esposos desavenidos, que los

13 Lleno hasta el borde.

14 Vasija de barro mediana y de forma redonda.

reconcilie. El que pierde un objeto le pide que aparezca. Los que pierden el rumbo, que los oriente. Todo lo que se pierde parece que devuelve la Deolinda, incluso la salud. Así lo cree la gente y esas cosas le piden. A ella, la muerta que da vida. La difunta milagreira.



A los costados de las rutas argentinas es común ver, cada tanto, unas capillitas enanas de madera y chapa, con una cruz, rodeadas de botellas.

Son los altares que el pueblo le levanta a la Difunta Correa, innumerables.

Allí le dejan toda el agua que le faltó a su vida. Como si apagar la sed de la Deolinda se pareciera un poco a ganarle a la muerte.

Lobisón

Dice la leyenda que, cuando un matrimonio tiene siete hijos varones seguidos, el séptimo se convierte en lobisón al llegar a la juventud. El lobisón es un animal mezcla de perro y de cerdo, y algunos paisanos le dicen *yaguá-hú*, que significa "perro negro" en guaraní. Dicen que esta transformación tiene lugar los martes y viernes de luna llena, a la medianoche, y que entonces el lobisón sale a los cementerios y a los gallineros, para comer restos y excrementos. Dicen que suele atacar a las personas y que solo es posible matarlo con una bala de plata. Claro que también se cuenta que hay maneras de salvar al recién nacido de esa maldición. ¿Será cierto? Vean esta historia que se relata en los pagos de Corrientes...

Lobisón

Ñ¹a Casiana tenía seis hijos varones y el séptimo, encargado.

—Tenés que ser mujer —ordenaba ña Casiana acariciándose la panza. Miraba alto y musitaba² a las estrellas—: Dios mío... que sea mujer.

El día en que la comadrona³ entró al rancho para asistirle en el parto, el hombre rezaba con los otros hijos. La comadrona misma murmuraba entre dientes:

—Padrecito que estás en los cielos, hacé que sea mujer.

Y cuando se oyó el llanto de la criatura, los que esperaban en la cocina se persignaron.

Casi enseguida sonó el grito de la madre. Y una mariposa negra huyó por la ventana.

Esa misma tarde salió el padre de aquel rancho maldecido con otro hijo varón. El séptimo. Llevaba en brazos al recién nacido. Iba a la iglesia de Pago Alegre, el

1 Forma abreviada de "señora" o "doña", que se antepone al nombre de una mujer.

2 Susurraba.

3 Partera.

pueblo más cercano, a que se lo bautizaran. Le pusieron el nombre de Benito. Era el que había que ponerle para quebrar el maleficio.

También había que bautizarlo en seis iglesias más, de seis pueblos distintos: siete en total. Eso lo sabía de sobra el padre, pero el gurí⁴ era apenas nacido y la maldición recién se cumpliría cuando llegara a mozo.

—Hay tiempo —dijo el padre—. Hay tiempo todavía.

Y le entregó el hijo a la madre. El Benito enseguida se prendió a la teta como lo hubiera hecho un gurisito cualquiera.



Las distancias son largas en Corrientes. Los pueblos quedan apartados. Y había seis hermanos más para atender. Y había también pobreza y un solo caballo.

Pero los padres no olvidaban la gravedad del caso. Tampoco era muy fácil de olvidar, viendo que el Benito crecía flacucho, enfermizo y con más de una costumbre rara. Como esa de no querer probar la carne. Como esa de pasársela escarbando en el potrero y volver con las uñas

4 Niño.

renegridas. Uñas largas y duras que ña Casiana cortaba por las noches y a la mañana estaban largas otra vez. Y curvas.



Recién para su quinto cumpleaños lo llevaron a su segundo bautismo en la iglesia de Pago Arias. A los ocho, lo bautizaron en Loma Alta, la tercera iglesia. A los once, en Pago de los Deseos, la cuarta. A los trece, en la iglesia de Saladas, la quinta. Saladas era casi una ciudad por aquel tiempo. Y en la casi ciudad hicieron noche⁵. Al otro día, el padre lo llevó a la sexta iglesia en Colonia Cabral.

Solo faltaba una y todavía había tiempo, aunque ya no tanto. El padre aún era joven, aunque menos, y el caballo era el mismo.



Cuando el Benito estaba al cumplir los quince, ya no escarbaba potreros ni rechazaba la carne ni le crecían las uñas de aquella rara manera. Seguramente los bautismos estaban alejando la profecía.

⁵ Pasaron la noche, se quedaron a dormir.

Fue entonces cuando intentaron ir hacia el norte, hasta Mburucuyá. Querían que el último bautismo fuera en una iglesia grande, con una bendición importante. Desde aquel malnacimiento, el padre guardaba en el pecho un largo sapucay⁶ para gritarlo el día en que se quebrara la maldición.

Esta vez los acompañó el Florián, el hermano mayor. Había cumplido veintidós y montaba un tordillo que le prestaron.

Y allá iban los tres, camino a Mburucuyá. El padre, en el zaino; los hijos, en el tordillo.

Cruzaron montes de talas espinosos, vadearon lagunas de juncos tupidos, rodearon plantaciones de tabaco. Y siguieron andando.

Cada tanto veían algún carpincho que se metía en su madriguera. Iban atentos porque estas cuevas son peligrosas si el caballo llega a hundir la pata ahí.

Sin embargo, resultó que, bordeando los esteros de Santa Lucía, el zaino viejo del padre metió la pata nomás en una vizcachera. Y cayó de rodillas el caballo, con una quebradura. El padre también tuvo una

6 Palabra de origen guaraní, que designa el grito de alegría o triunfo.

mala caída. Y ahí nomás quedó, de cara al cielo, con los ojos abiertos y el espinazo roto.

Y se llevó a la muerte el sapucay.



El Benito y el Florián fueron barridos por semejante desgracia. Deshechos. Y tuvieron que sepultarlo ahí mismo.

El Florián miraba alrededor buscando con qué abrir la sepultura, cuando ve que el Benito empieza a usar las uñas. Las que desde tanto tiempo atrás no usaba. Y se quedó mirándolo con el alma encogida.

Cuando el Benito acabó el pozo, entre los dos bajaron el cadáver y, otra vez con las uñas, el Benito lo cubrió.

Todavía les faltaba despenar⁷ de un tiro al caballo, que tampoco tenía salvación. Pero esa noche les faltó coraje.

Ya habían llorado hasta quedarse secos. Y se durmieron, uno junto al otro y al sereno⁸, en el vaho húmedo de los esteros. Con el sueño pesado del que ha llorado mucho. Bajo la luna redonda como un plato. Y era viernes.



⁷ Matar a un animal moribundo, para ahorrarle sufrimientos.

⁸ A la *intemperie*.

Apenitas estaba amaneciendo. El Florián creyó ser el primero en despertarse. Alargó el brazo para tocar al Benito, pero solo tocó la manta sobre la que había dormido. Se incorporó de un salto y lo buscó a la luz que apenas se insinuaba, pero no lo divisó.

Entonces fue hasta donde había quedado el zaino. El animal no se movía. Tendido de costado, sobre la pata rota.

Florián se fue agachando, le acarició la cabeza a la luz imprecisa del amanecer y, en la misma caricia, bajó la mano hasta el cuello.

Sus dedos se sobresaltaron al tocar algo pringoso⁹ y tibio todavía. Se puso en cuclillas y, sin ver bien, tanteó mejor. Tocó una herida honda. Tocó otra. Tocó la yugular que no latía. Alguna fiera nocturna le había clavado los colmillos.

En eso oye unos pasos arrastrados. Levanta la vista y lo ve al Benito. Parado ahí. Greñado¹⁰, ausente.

—¿De ande venís? —le dijo y le señaló el caballo.

El Benito se tapó la cara con sus dedos de uñas largas, curvas, sucias. Al instante, corría monte adentro.

9 Grasoso, pegajoso.

10 Con los cabellos revueltos.

Cuando Florián reaccionó y fue tras él, tardó muy poco en perderle el rastro.



El Florián volvió, montó el tordillo y anduvo en busca del Benito por varios días, pero no lo encontró. Una sospecha horrible le comía los sesos.

Finalmente, volvió al rancho con las tres noticias: la muerte del padre, la muerte del zaino y la huida del Benito tras aquel viernes de luna llena.

Noticia tras noticia, la madre y los hermanos iban cayendo como árboles bajo el hacha. Con apenas un hilo de voz, ña Casiana pudo decir:

—¿Alcanzaron al séptimo bautismo?

—No —respondió el Florián.

Y salió a buscar botellas. Las trajo. También traía una maza. Puso las botellas sobre una bolsa de arpillera. Las fue rompiendo a mazazos. Los vidrios, al quebrarse, sonaban a desesperación. Los otros hermanos trajeron carbones y maderas y hojas secas para encender un fuego y atizarlo, llegado el caso. Quizás fueran a necesitar brasas, muchas. No sabían si el Benito seguiría

siendo el Benito. Bajo qué aspecto volvería a la casa, si es que volvía. Temían que no tuviera forma humana.

Ahora había que esperar, como mínimo, hasta un martes. Hasta el próximo martes de luna llena.

Pero no fue tan largo el esperar. El domingo a la tardecita, el Benito apareció. Lo traían en ancas¹¹ unos paisanos. Venía más flaco, consumido, enfermo.

Ña Casiana lo abrazó llorando y le sirvió un plato del guiso del mediodía. Pero el Benito se negó a probarlo. Otra vez rechazaba la carne, como cuando era chico. Y ña Casiana ahogó un quejido.

El Benito no habló, no contó nada y al otro día volvió a escarbar en los potreros durante horas. Solo.

A la velocidad con que corren las voces en los pueblos, por todo Pago Alegre se comentaba el caso.

El Benito se volvió sospechoso de haberse convertido en lobisón.

Quien más quien menos se las arregló para tener un crucifijo a mano. Botellas rotas. Tizones encendidos.

Sabían que, cuando un lobisón vuelve a su forma humana, no quiere que se sepa su secreto. Por eso huye de los vidrios y de las quemaduras que le podrían dejar marcas.

¹¹ Sobre la parte posterior de la montura.



Así que los vecinos estaban preparados. Quien más quien menos oía por las noches mugir a las vacas. Eso que solo pasa cuando un lobisón las ronda para beberles la leche.

Quien más quien menos encontraba cada tanto el patio limpio de suciedades de gallina. Eso que solo pasa cuando un lobisón anda en la noche lamiendo lo que solo un lobisón considera un alimento exquisito.



Una noche muy negra, se metió al rancho de don Nicosia un perro más negro que la noche misma. Era casi tan alto como un potrillo. Don Nicosia, que estaba prevenido, le salió al cruce al grito de:

—¡Yaguá-hú!

Pero el perro olisqueó un hueso y se volvió, mansito, por donde había venido. Con eso, don Nicosia supo que no era lobisón, que era perro negro nomás. Y no le disparó la bala de plata que tenía en el cargador de su escopeta.

Cuando contó el incidente en el boliche, todo el pueblo estuvo al tanto de que don Nicosia tenía una de

esas balas. Las únicas capaces de atravesar la piel de un lobisón y darle muerte.



Cerca de veinte días habían pasado desde el regreso del Benito al rancho. Un miércoles, la luna se volvió a llenar. Los seis hermanos la miraron con recelo, y ña Casiana también.

Miércoles no es martes ni tampoco viernes. Pero la luna iba a seguir llena durante ocho días. Y eso era de temer.

La familia se turnó para vigilar el sueño del Benito, pero la distracción de un minuto alcanzó. El séptimo varón se echó al monte, no sin antes revolcarse en las cenizas de una hoguera apagada en el potrero días atrás.

Ya en el monte, llegó a un claro, se dejó caer de rodillas y levantó la frente. La luna le volcó una luz azulada de tan blanca. Y él comenzó a agitarse con espasmos¹². El cabello le crecía en crenchas duras. Las cejas se alargaban más allá de la frente. Las manos y los brazos se le iban cubriendo de pelambre espesa. Los dedos se le arquearon en garras. Las piernas fueron cambiando hasta llegar a patas.

12 Convulsiones, contracciones involuntarias de los músculos.

Su piel se ponía tirante a medida que, bajo los músculos, los huesos se alargaban o se contraían.

Las mandíbulas se le estiraron hacia adelante hasta acabar en hocico. Y le creció una cola poderosa.

Y una lengua que chorreaba saliva le colgó entre las fauces. Se alargaron los dientes en colmillos de fiera y un aullido terrible le vibró en la garganta.

Así, se puso en marcha de regreso al rancho. Buscaba ayuda tal vez... o tal vez no.

El caso fue que los hermanos andaban por afuera. Y cuando vieron a la bestia, temieron que no fuera un simple perro enorme y negro. Solo la madre tuvo presencia de ánimo:

—¡Yaguá-hú! —lo increpó¹³ para salir de dudas.

Y a la bestia se le erizaron los pelos. Mostró los dientes gruñendo con ferocidad. No era un perro negro, no. Lobisón era.

Uno de los hermanos fue por el crucifijo; otro, por las botellas; un tercero, por las brasas.

A la vista de la cruz, el lobisón retrocedió. Esto animó a los otros, que le empezaron a arrojar botellas rotas. El lobisón retrocedió aún más. Entonces el Florián, con

13 Reprender con severidad.

un nudo en la garganta, le arrojó una palada de tizones encendidos.

El lobisón escapó de nuevo al monte. Pero esta vez la madre fue tras él.

Lo vio meterse en un naranjal y ella también entró. Él había aminorado la carrera y ahora caminaba. Hasta que el ruido de una pisada le detuvo el paso. Se dio vuelta y la vio.

Otra vez se le irguieron los pelos del lomo. Un gruñido ronco le lijó la garganta, y se preparó para saltarle encima. Pero ella lo miró a los ojos con una pena infinita y solo dijo:

—Benito...

Y al desdichado lobisón, que había iniciado el salto, se lo vio ahí, en el aire, recuperar su forma humana, a medida que una bala de plata le iba atravesando el corazón.

Tras los naranjos, don Nicosia bajó el cañón de su escopeta. Humeaba.

La Telesita

Cuando llegan los meses de sequía, en Santiago del Estero la gente del campo organiza unos festejos en honor de la Telesita, para que ella haga llegar el agua que los cultivos necesitan. Las familias del lugar se reúnen en la casa más grande y arman un gran muñeco de papel y trapo, bajo la dirección de una anciana que conoce el secreto de cómo hay que armarlo. Luego de colocar el muñeco en una mesa, a su alrededor se organiza una fiesta con empanadas, asado y copitas de alguna bebida alcohólica. Los dueños de casa cumplen un rito en honor de la Telesita y ahí nomás se larga un gran baile en el que todos participan. Y cuando la danza termina, ya tarde, se le echa alcohol al muñeco y se lo quema. ¿De dónde viene esta tradición? Esta es la historia...

La Telesita

No tenía muchas luces¹ la Telesita, pero era casi linda. Sonreía con toda la cara. Alguna mala lengua hablaba de que tenía sonrisa boba. Pero no era boba su sonrisa. Era embobada, emborrachada de música y de baile.

Que tenía pocas luces, eso sí... pero icómo bailaba! Purita inocencia era la casi linda. Pura inocencia, la casi boba. Pura, la casi niña de los pies que casi no tocaban el suelo cuando salía a bailar.

Pero vino la desgracia. Y de hoy para mañana se quedó huérfana la Telesita. De padre y madre. Un dolor hondo la desbarrancó por dentro.

La Telesita giró, giró, giró con giro atormentado y sin saber llorar. Sus pies livianos la impulsaron hacia el monte espeso. Iba escapando del dolor aquel y lo llevaba con ella. No eran los pies, era el dolor el que se la llevaba monte adentro.

¹ Era poco inteligente.

Nadie pudo encontrarla porque no se detuvo en ningún sitio. Iba siempre escapada, como un alma que se ha llevado el diablo y no la piensa devolver.



Había pasado el tiempo. La habían buscado hasta no encontrarla. Ya la daban por perdida. Pero jamás por olvidada. Y había fiesta en el pueblo.

Fiesta de fogón, de zamba y gato y escondido². De vinito y aloja³. De empanada frita en grasa y costillar al asador.

Los guitarreros pulsaron las cuerdas del aire y los bombos llenaron la noche de ecos. Las brasas del fogón ponían en las caras resplandores rojos. Cuando, en eso, un paisano señaló algo ahí, con los ojos redondos.

Ahí, de pie, flacucha, con la ropita pobre desgarrada, estaba la Telesita. Con su carita roja al resplandor de las brasas, la casi niña. Ahí, traída por la música, por el olor a baile. Descalza, con un cantarito⁴ de agua en la cabeza.

2 La zamba, el gato y el escondido son danzas tradicionales del Noroeste de la Argentina. Se bailan en pareja.

3 Bebida alcohólica hecha de algarroba o maíz, y agua.

4 De cántaro: vasija de barro o metal, angosta de boca, ancha por la barriga y estrecha por el pie, y por lo común con una o dos asas.



Ahí le floreció en toda la cara la sonrisa embobada. Y, con los pies de espuma, la casi linda empezó a bailar.

Sola en el mundo parecía, sola. Golpeaba el cantarito siguiendo el ritmo de la chacarera. Apartada de todos, hipnotizada por la luz del fogón. Y el baile fue más baile y la fiesta más fiesta, porque había vuelto la Telesita.

Corrieron el vino y la aloja. Los paisanos chuparon⁵ y bailaron y cantaron y volvieron a chupar. Hasta que fueron cayendo uno tras otro. Y dormían la borrachera allí mismito donde habían caído. Pero la Telesita, no.

Ella seguía bailando sin amainar⁶ la sonrisa. Le sonreía al aire, a la nada, a las brasas, a la música que le ponía burbujas en los pies. La que le hacía olvidarse, mientras sonaba, de aquel dolor que no sabía llorar.

Cuando el último guitarrero se durmió, el aire quieto se vació de música. La Telesita se detuvo en la mitad de un giro, miró acá, miró allá, se le encogió la sonrisa. Y aquel dolor de siempre se la volvió a llevar al monte oscuro.

Cuando los otros bailarines se fueron despertando, no la encontraron. Otra vez se había ido la Telesita. Otra vez, sí... pero no igual que antes. Porque ahora

⁵ Bebieron.

⁶ Aflojar, perder fuerza.

sabían cómo hacerla regresar. Todo era armar el baile y ella volvía. A bailar y bailar hasta la aurora.

Y la gente del pueblo comenzó a hacer eso. Cada tanto armaban fiesta para volver a verla. Y la volvían a ver.

Pero hubo un día terrible de terrible invierno. Allá lejos, sobre el monte, se veía la luz de una gran quemazón⁷. Todos sabían que la Telesita no tenía casa ni reparo. Sabían también que tendría frío, que sus pobres ropitas no la podrían abrigar. Y por eso temieron que sus pies la llevaran para el lado del calor, ahí donde las llamas se comían los árboles. Y ¿cómo la iban a buscar, si el fuego era imparable?

Rápidamente se reunieron bombos, guitarras y violines para que la música sonara mucho y la atrajera hacia el pueblo. Para que el incendio no la atrapara. Pero la Telesita no venía. Y el resplandor era más grande; la música, más fuerte. Y la Telesita no llegaba. Porque era cierto que tenía frío y que se fue acercando al incendio. Y que llegó a un lugar donde, aunque el bosque aún no ardía, el viento se coló a traición. Hizo crecer una llamada en un árbol seco. La llama alcanzó el borde de su vestidito roto. Y lo incendió.

⁷ Incendio.

La Telesita corrió como una antorcha humana. Corrió del fuego y lo llevaba con ella, como antes había llevado aquel dolor.

Las llamas bailaron una chacarera ardiente con la Telesita. El viento traicionero las hacía bailar.

Así se consumió la casi linda. Como bengalita flaca, la casi niña. Como estrella fugaz.



Pero dicen en Santiago que la Telesita nunca se iba para no volver. Y que por eso su alma anda en los montes todavía. Por ahí.

Entonces, cuando llega la seca⁸ y el ganado no tiene ni un pastito, se arma baile en el pueblo. Y también, un banquete para invocar su nombre. Pues hay que hacerle una promesa para que venga a ayudar. Y hay que hacer un monigote de papel y trapo que la represente, y acostarlo sobre una mesa.

El promesante⁹ y su mujer han de encender siete velas en un altarcito hogareño. Y han de bailar siete chacareras

8 Sequía.

9 Persona que cumple una promesa piadosa, generalmente en una procesión.

intercaladas con siete vasos de caña que han de tomar. Y tomando y bailando, esperar a que las velas se consuman. Después, pedir que venga la Telesita “en alma y rezabaile”¹⁰.

Recién entonces salen los demás a la danza. Y empieza la algarabía¹¹, que sigue y sigue y sigue hasta tocar el alba.

Dicen que la Telesita, que es alma pura y buena, viene a bailar con ellos, invisible, hasta el amanecer.

Y a esa hora, entre la noche que acaba y el día que comienza, se quema el muñeco. Hay cohetes que estallan como las ramas secas del incendio que la consumió.

Y al otro día, o al otro, seguro que la Telesita les manda toda el agua que ella no tuvo para salvar su vida. Toda la lluvia que el monte santiagueño nunca, nunca, le deja de implorar.

10 Danza tradicional criolla que se realiza en cumplimiento de alguna promesa a algún santo, o por costumbre de familia.

11 Festejo con griterío.

El gauchito Gil

En nuestro país, luego de las luchas por la independencia, hubo una serie de guerras entre dos bandos políticos: los unitarios y los federales. A los primeros les decían los “celestes”; a los segundos, los “rojos”. Como siempre sucede en las guerras, estos enfrentamientos entre hermanos fueron también una excusa para que aparecieran las peores cosas del corazón humano: la envidia, el odio y el abuso de poder. En medio de toda esta violencia, se desarrolló la historia de la vida del gauchito Gil. De eso habla el relato que van a leer. Y también de por qué hay tantas personas que piden al gauchito Gil para que les conceda un milagro.

El gauchito Gil

Se llamaba Antonio este correntino. Y era apenas un gauchito cuando se enamoró de aquella muchacha. Mala suerte: el comisario también le había echado el ojo. Pero ella prefirió al gauchito. Mala estrella: el comisario lo entró a perseguir como si fuera criminal. Hasta que lo encontró. Y fue en la pulpería¹.

—¡Eh, vos, mocito! —lo apuró.

Pero el mocito no era lerdo y le hizo frente, facón² en mano.

El comisario desenvainó también. Y se trenzaron. Uno era hombre de experiencia; el otro, mozo de habilidad. Y en un momento de descuido, el cuchillo del comisario cayó al piso. El gauchito pudo matarlo ahí nomás, pero dudó. Le perdonó la vida.

Lástima que el otro seguía siendo el comisario, y ahora tenía una excusa: el gauchito se le había desacatao³.

1 Almacén y bar de campo.

2 Cuchillo grande, recto y puntiagudo.

3 Por "desacatado", el que no acata el mandato de las autoridades.

De ahí en adelante lo persiguió con más encono. Por atentar contra la autoridad. Así fue como al gauchito le nació la mala fama de tener líos con la policía.



Cuando se armó la guerra con el Paraguay, el gauchito, como tantos otros, se alistó como soldado para tener ocupación. Y estuvo allá, peleando como cinco años, hasta que la guerra se acabó. Entonces volvió al país.

Pero acá se encontró con otra guerra. Celestes contra rojos. Argentinos todos, pero en guerra.

El gauchito era rojo de pensamiento y de pañuelo. Un día lo quisieron reclutar. A la fuerza... porque él se resistió. No iba a pelear contra sus compatriotas: eso, nunca. Y no le quedó otra que hacerse desertor⁴ junto con varios de su misma idea. Y así anduvieron nomás, escondidos en el monte, escapados.

Cosa grave era esa. Por aquel tiempo, se pagaba con la vida.



4 Soldado que abandona el servicio a su bandera.

La gente entró a comentar que se habían vuelto bandoleros. Otros decían que robaban, sí, pero solo a los ricos y para repartir entre los pobres.

Se hablaban muchas más cosas del gauchito. Que había curado a este y sanado a aquel, por ejemplo. Y con solo imponerles las manos. Y que tenía en los ojos un poder magnético. Y que colgaba de su cuello un amuleto de San la Muerte⁵ que lo protegía del mal.

Así se iba ganando cierto respeto y hasta cierto temor, el gauchito. Hasta que una patrulla lo encontró. Y no hubo San la Muerte ni magnetismo que le valieran.

—Y vos, ¿por qué desertaste? —le preguntaron.

—Ñandeyara se me ha aparecido en sueños —dijo el gauchito—. Y me ha dicho que no hay que pelear entre gente de la misma sangre.

¿Ñandeyara? ¿El dios de los guaraníes? El sargento a cargo no le creyó. Y decidió trasladarlo a Goya para que lo juzgara un tribunal, a ver si merecía la muerte o no.

Pero, mientras iban de camino, los vecinos del lugar empezaron a juntar firmas para que el gobernador lo indultara⁶. Pensaban que el gauchito era un buen hombre

5 Culto extendido en las provincias del Noreste. A San la Muerte se le pide por protección y para que haga volver las cosas perdidas.

6 Le perdonara el castigo que se le había impuesto.

y lo querían libre. Claro que esto de las firmas empezó a poner nervioso al sargento a cargo. Ya casi llegando a Mercedes, resolvió:

—¡Qué tribunal ni tribunal! Yo digo que a este gaucho desertor lo matemos acá mismo.

—No me matéis, sargento —dicen que dijo el gauchito—. No me matéis, que la orden de mi perdón está en camino.

Pero los soldados ya lo habían tirado al suelo, debajo de un algarrobo, y, sin mirarlo a los ojos, le habían atado los pies con una soga larga. La pasaron por encima de una rama y lo izaron de manera que quedó cabeza abajo. Para que no pudiera usar el poder de su mirada y para que el payé⁷ de San la Muerte, que nadie se animó a quitarle, no pudiera actuar.

Entonces, cuando el gauchito se vio cabeza abajo, le dijo a su verdugo:

—Vos me vas a matar, sargento. Pero cuando lleguéis a Mercedes, te van a entregar la orden de mi perdón. Y eso no es nada: también te van a decir que tu hijo está muriendo de mala enfermedad.

El sargento no lo miraba.

—Vos no me creéis, sargento. Y me vas a matar igual.

⁷ Brujería, hechizo.

Pero, cuando llegués a Mercedes, vas a saber que mi sangre es inocente. Y va a ser tarde para que me salvés. Pero salvá a tu hijo al menos. Acordate de mi nombre, invocame. Porque la sangre inocente hace milagros.

Como bien decía el gauchito Gil, el sargento no le creyó palabra y ordenó a los soldados que dispararan. Pero dicen que las balas rebotaron en el San la Muerte y no entraron en el cuerpo del gauchito. Entonces, enardecido, el sargento desenvainó su cuchillo. Y lo usó.

La sangre del gauchito Gil mojó la tierra. Y allí quedó colgado el cuerpo, sin sepultura, en tanto la patrulla recorría el camino que faltaba para llegar a Mercedes.

Al entrar en la ciudad, el sargento recibió a la vez las dos noticias: el gauchito había sido indultado y su propio hijo agonizaba.

Sin desmontar, regresó a todo galope al lugar donde había derramado aquella sangre inocente. Descolgó el cuerpo llorando, y llorando le dio sepultura. Y persignándose invocó el nombre del gauchito Gil. Le pidió perdón y le rogó para que Dios no se llevara la vida de su hijo.

Dicen que, de regreso a Mercedes, con el alma en un puño, el sargento encontró al chico milagrosamente

sano. Dicen también que entonces cortó unas ramas de ñandubay⁸ y formó una cruz que clavó en el lugar exacto donde la tierra se bebió la sangre del gauchito Gil.



El primer viajero que se detuvo allí colgó de la cruz un trapo rojo, el color del pañuelo del gauchito, el del partido federal.

Al tiempo se supo que la sepultura había quedado en tierras de una familia "importante". Y esta gente no quiso saber nada de que "ese gaucho bandolero" descansara allí. Y, mucho menos, que "el pueblerío" se juntara a rezarle justamente dentro de sus tierras. Movieron influencias en el gobierno y consiguieron que trasladaran el cuerpo al cementerio de Mercedes.

Entonces el pueblerío empezó a murmurar que el gauchito se iba a vengar por esa ofensa.

Si se vengó o no, no es el caso. El caso es que la familia empezó a perder fortuna y salud... hasta que al padre lo atacó un remolino de locura. Y parece que ahí fue cuando alguno de ellos dijo: "Mejor traigamos de vuelta al gauchito".

⁸ Árbol de madera rojiza y muy resistente.



Y lo trajeron al lugar mismo de donde lo habían sacado. La familia, entre arrepentida y aterrada, le levantó un monumento para desagraviarlo⁹ mejor.

Si lo desagraviaron o no, no es el caso. El caso es que les empezó a volver la salud y también la fortuna.

Claro que lo que volvió además fue el pueblerío. La caravana de devotos del gauchito, hasta el día de hoy, le sigue dejando trapos, pañuelos, banderas y estandartes rojos. Velas rojas y rojas flores para el gauchito del pueblo. Y placas de metal con inscripciones, en número incontable.

Así lo recuerdan y así le agradecen por los tantísimos milagros que le piden y él les cumple, según dicen, generosamente.

También están los viajeros que no creen mucho, pero igual, cuando pasan frente al santuario, detienen el auto un rato... por las dudas. O, si siguen de largo, al menos lo saludan tocándole bocina. No sea cosa que el gauchito se ofenda y les alargue el viaje con una serie de inconvenientes o, lo que es peor, que les suceda algún percance en el camino. Algún percance fatal.

9 Reparar la ofensa que se le hizo.

La Viuda

En los campos de la llanura bonaerense, lejos de las luces de las ciudades, la noche se hace oscura y profunda. Por eso, tal vez, abundan las historias de aparecidos que andan dando vueltas, a la espera de reparar un daño para poder descansar en paz. Pero dicen también que algunos hicieron un pacto con el diablo y que, por eso, nunca dejan de andar por ahí, que nunca tendrán descanso ni encontrarán ninguna paz. De esas almas en pena hay una que se ha hecho muy famosa. Le dicen "la Viuda". Mejor no quieran saber lo que les pasa a los paisanos que se arriesgan a encontrarse con ella cuando vuelven a su casa muy de noche por quedarse "entretenidos" por ahí.

La Viuda

—Yo no creo en esas cosas —dijo don Vargas empujándose el vaso de ginebra.

—Y eso, a la Viuda, ¿qué le importa? ¿O usted piensa que ella se les aparece a los que creen, nomás?

Así le contestó Rosendo, el dueño del bar.

—No, si ya sé —dijo don Vargas—. No me va a querer contar de nuevo la historia del gaucho que iba por la quebrada.

—¿Y qué? Aunque no se la cuente, el gaucho iba. Y la Viuda se le subió en ancas¹.

—Sí, claro... mientras que galopaba se le subió. ¡Por favor!

—Y sí. ¿O se piensa que la Viuda saca la mano como quien para el colectivo? Cuando se quiso acordar, la tenía atrás. Toda de negro y la cabeza tapada. Toda huesuda como es... ¡Hasta el caballo tembló!

—Bah... bah... ¿No era pasada la medianoche?

—Pasadas las doce, sí.

¹ Sobre la parte posterior del caballo.

—¿Y cómo la vio el gaucho a la Viuda, oiga? Toda de negro y noche cerrada. ¿O a la quebrada le pusieron alumbrado, ahora?

—Noche cerrada, no. Noche de luna debía ser.

—Debía ser..., debía ser... Ya está inventando, ¿ve? Y más que eso habrá inventado el que se la contó a usted.

—El que me la contó es el propio gaucho.

—Ah, bueno... Así que el hombre vivió para contarla. ¡No me diga!

—Y aunque no le diga, vivió.

—¿Y cómo hizo, a ver?

—¿Cómo hizo? Vivió porque sabía.

—¿Y qué es lo que sabía ese gaucho mentiroso?

—Que la tenía que entretener. Que si quería salvarse la tenía que entretener.

—¿Entretener a la Viuda? ¡Caray...! ¿Y es fácil?

—¡Qué va a ser fácil! Bien difícil, es. El que la ve no para de temblar. Y, al final, no cuenta el cuento.

—¡Jua, jua! Temblando la entretuvo el gaucho, entonces...

—Temblando y no sé cómo. La cosa es que llegó vivito al alba.

—No sabe cómo. ¿Ve? Repite lo que no sabe.

Rosendo estaba ya con ganas de mandar al otro a freír tortas.

—A usted no hay cosa que le venga, amigo —dijo—. Si no sé... porque no sé. Y si sé... porque invento. Págueme la ginebra y buenas noches.

—¡Epa, epa! Se puso nervioso, ahora. Póngale que le acepto que el gaucho vivió hasta el alba. Y con eso, ¿qué?

—¿Cómo qué? Con el alba, la Viuda desaparece.

—Ah, bueno... ¡Solo eso me faltaba oír!

Don Vargas tiró un billete sobre el mostrador, le dio la espalda al Rosendo y, cuando llegó a la puerta, soltó tal carcajada que despertó al borracho de la mesa del fondo. Rosendo lo maldijo entre dientes, mientras don Vargas subía a su auto viejo y se iba.



Que la Viuda persigue a los hombres, a *ciertos hombres*, eso es lo que se dice. Y también, que disfruta de espeluznarlos² hasta que los mata de espanto. Que los espera en los caminos, en los puentes. Cuando vuelven

2 Causarles horror.

a deshoras³ porque se quedaron por ahí chupando alcohol y engañando a la mujer.

La Viuda es una esposa muerta, pero no cualquier esposa. Tiene que ser una que haya muerto de odio y dolor por traición de su hombre. Y que haya firmado contrato con el diablo.

Su venganza empieza por el marido, apenas ve que se va a vivir con la otra. Lo persigue y lo horroriza hasta que lo enferma. Hasta que la otra lo abandona. Y después se le sigue apareciendo y lo va secando; lo seca a fuerza de espantarlo. Y queda seco ahí. Seco.

Después se empieza a dedicar a otros infieles, a los maridos de otras engañadas. Busca a una víctima y ya no la deja. Porque el contrato con el diablo dice que la Viuda no se satisface nunca. Que no se acaba nunca de vengar.



—Esta noche vuelvo tarde —le dijo don Vargas a su mujer—. No me esperés despierta, no hace falta. Dormí tranquila nomás.

3 En un momento inoportuno; muy tarde.

Lo que no le dijo fue lo de la chinita de la estancia de Barbosa, que desde hacía unos meses iba hasta la tranquera cuando había luna. No le dijo que lo estaba esperando con el oído largo para pescar el ruido del motor. Eso no se lo dijo, pero fue. Y estuvo con la chinita y a la vuelta paró en el bar de Rosendo a tomarse unas cañas y a fumar. A fumar solo, sin hablar con nadie, y con media sonrisa debajo del bigote, por la forma tan fresca de engañar a las dos.

Hacía rato ya que unas nubes espesas habían tapado la luna y, por momentos, rodaban truenos lejanos.

Eran pasadas las doce cuando don Vargas se levantó. Le hizo un saludo a Rosendo tocándose el sombrero y rumbeó para el auto estacionado en la puerta. Rosendo le respondió con una mueca.

Don Vargas tenía que atravesar todo el valle para llegar a su casa, donde la esposa dormía “tranquila nomás”. Dio arranque al auto y partió.

Y allá iba, entonadito⁴ y contento de sí mismo, cuando vio un bulto oscuro al costado de la ruta. Encorvado iba el bulto, caminando. A la luz de los faros, don Vargas pudo ver que aquello debía ser una viejita.

4 Un poco borracho.

Y él no era hombre sin alma, no señor. Le dio lástima, a semejantes horas y con la lluvia al caer. Pensarlo y parar el auto fue todo uno.

—Suba, abuelita, que la acerco.

Pero la viejita no contestó y siguió andando a pasos cortos.

—Mire, abuela, que se viene la tormenta...

Pero la viejita seguía, cabeza gacha, pasito a paso. Y don Vargas pensó: “Bueno, será cieguita... y sordita también”. Entonces alzó la voz.

—¡Eh, abuela! ¡La llevo al pueblo! ¡Se va a mojar!

Pero la anciana, nada.

“A la fuerza no la puedo llevar”, pensó don Vargas, porque él sí que sabía tratar a las damas. “¡Que Dios te ayude, vieja loca!” Puso primera y hasta la vista.

Relámpagos cruzados iluminaban los árboles. El redoble de truenos ya se oía sobre las copas. Don Vargas miró atrás por el espejo y pisó el acelerador. Cuando volvió a mirar, dudó de sus ojos. Ahí, agarrada del parante de la ventanilla, estaba la abuelita.

Se sostenía a duras penas; sabe Dios dónde estaría apoyando los pies. El ancho vestido negro le flameaba hacia atrás. El mantón le cubría la cabeza, la cara.



Si don Vargas hubiera creído en la Viuda, no paraba el auto. Pero no creía. Cuando pisó el freno, la vieja trastabilló y estuvo a punto casi de rodar por la banquina.

Don Vargas se bajó rápidamente, caballeroso, y apenas tuvo tiempo de recibirla en brazos cuando ella se soltó. El ropón⁵ sobre la cara se corrió un poco, pero no lo bastante.

—Vamos hasta esos eucaliptos —le oyó decir a ella con una voz más dulce que uva madura.

Era una voz joven. Don Vargas, al oírla, comenzó a tiritar. No de frío, no de miedo. Tiritaba. El monte de eucaliptos estaba ahí, a unos pasos. Caían las primeras gotas cuando empezó a caminar con ella en brazos. Iba hechizado por esa voz. Y temblaba sin poder contenerse. No de miedo, no de frío. Temblaba como las hojas de los eucaliptos.

—Hay un tesoro oculto entre esos árboles... y es para vos —le oyó decir, melosa, mientras sentía que le rodeaba el cuello en lo que parecía casi un abrazo. Bajo los eucaliptos lo abrazó con más ternura.

Con más miel fue ajustando el abrazo. Un poco. Un poco más. Llovía. El mantón se le fue deslizando y dejó al descubierto, a la luz de los faros, la cabeza.

5 Ropa larga que se usaba suelta sobre los demás vestidos.

Don Vargas trató de zafarse. Quiso desviar la vista o cerrar los ojos. Pero la mano firme de la Viuda lo tomó del mentón, le levantó la cabeza que él agachaba. Y lo obligó a mirarla cara a cara. Bien de frente.

El Sombrero

En las provincias del Noroeste, las siestas de verano suelen ser muy calurosas. Y, por eso, la gente acostumbra quedarse en las casas descansando. No se ve a nadie por las calles. Sin embargo, si a algún desprevenido o a algún travieso incurable se le ocurre salir a esas horas, el calor no será el problema más grave al que se enfrentará. También deberá cuidarse, y mucho, de no cruzarse con el Sombrerudo. La que sigue es la historia de uno que no se cuidó.

El Sombrerudo

—No andés por el fondo —me dijo la tía Balbina—. Y menos cerca del membrillo. O se te va a aparecer el Sombrerudo.

De mi tía Balbina te hablo, la de Catamarca, la brava. Muy brava, mi tía. Ese verano lo pasé con ella. Había pasado otros, pero ese no me lo olvido.

No es que le tuviera miedo-miedo a la tía. ¡Pero le tenía un respeto...!

Es que contaba historias de esas que... bueno. Como la del Sombrerudo. Yo ya andaba por los nueve años y tanto no creía. Me gustaba vagar a la hora de la siesta con el José. Y eso era lo que ella no quería.

Lo que me daba gracia era la forma que tenía el José de espantar al Sombrerudo. Un día se le escapó decirlo adelante de la tía.

—Con mier... con caca —dijo.

Yo le pregunté a ella si era verdad.

—Mirá: el Sombrerudo hace sus buenas chanchadas, cómo no —y lo miró seria al José—. Pero no aguanta la chanchada ajena. Igual, vos te quedás acá adentro y a la siesta no me salís.

—Pero... con el Joséeeee...

—Con el José, nada. A menos que querás¹ que el Sombrerudo te pegue una paliza que te deje tonto. ¿Eso querés? Bueno, si querés eso, andá... Total, te llevo al hospital y que te enyesen.

Entonces era cuando yo entraba a creerle un poco. La paliza, el hospital. Me imaginaba con los huesos rotos, la cabeza cosida. ¿Entendés?



¡Qué siestas largas, las de Catamarca! ¡Y cómo me gustaba andar vagando! El José era mayor que yo. Como once, tenía.

Esa tarde la tía se había recostado. Bah..., siempre se recostaba. El aire zumbaba de tan caliente. El sol en el patio te quemaba las patas. Y yo (iqué respeto

1 En este relato, los personajes usan las formas verbales características del habla de la región: *querás*, por *quieras*; *andís*, por *andes*; *has quedao*, por *has quedado*, etcétera.

ni respeto!) me iba a escapar. Y listo. Aunque terminara enyesado.

En eso, un silbido. Era el José. Di la vuelta a la casa y encaré para el fondo, justo para donde no tenía que ir.

Pasé como flecha junto al horno de barro. La tía me tenía dicho que el Sombrerudo muchas noches las pasaba ahí. Que ahí vivía. Ni de reojo miré.

Cuando llegué al membrillo, lo trepé como un gato. Y salté la tapia.

—Chei..., ¿vamos pa' las quintas? —me habló bajito el José.

—A la de don Wenceslao —voté yo.

Don Wenceslao era mezquino como él solo. Y también dormía la siesta. Y no hay como el gustito de la fruta que nunca te convidan..., ¿no?

Así que allá fuimos, bordeando la acequia². De machitos, nomás. Porque sabíamos bien que al Sombrerudo le gusta aparecerse en las acequias. Y más se te aparece si sos amigo de la fruta ajena.

Mirando para todos lados, íbamos. Y menos mal que tanto no creíamos.

¡Yo tenía un hambre de higos!

2 Zanja o canal por donde se conduce el agua para el riego o para otros fines.

En eso, me agarran de la ropa y me tiran para atrás. No me salió el grito y entré a tirar trompadas.

—¡Chei! Me vas a embocar una...

Era el José. Y me llevó a la rastra hasta un tronco caído.

—Se me hace que he visto algo... —dijo en un hilito de voz.

Y nos quedamos agachados. A metros de la higuera de don Wenceslao. Estaba cargadísima. Algunos higos chorreaban miel.

—¿Qué viste, José?

—Al Sombrerudo, creo.

—¿Al Sombrerudo?!

—Sssh... Por allá...

Vi moverse unos pastos sospechosos. De medio metro de alto, eran. ¡La altura del Sombrerudo!

Entonces vi... ¿un sombrero ancho?, ¿una cabeza mechuda? Podía ser el reverbero³ del sol, pero...

—¿Viste algo negro? —dijo el José.

—Sí... Bah... No sé...

—Yo sí vi algo negro. Ha de ser la ropa del Sombrerudo...

Los pastos se volvieron a mover. La lengua se me puso de cartón. Los ojos se me salían de la cabeza.

3 Reflejo de la luz sobre una superficie.

¡El Sombrerudo! Se me reía en voz alta. No le podía ver la cara, no... Pero, igual, nunca se la deja ver.

¿Estaba ahí de veras el Sombrerudo? Yo lo veía, con los bracitos cortos, y la mano de fierro y la mano de lana.

—¿Con cuál mano querís que te pegue?

La mano de fierro duele más que la de lana. Y la de lana, más que la de fierro. Con cualquiera de las dos te revienta, el Sombrerudo. Sin compasión.

—¡Tomá! ¡Tomá! ¡Tomá!... Pa' que no andís vagando.

Eso me iba a decir si elegía la de lana. Y lo mismo si elegía la de fierro. Le vi los pantalones rotos, los pies descalzos, chiquititos. Hasta le vi los cuernitos debajo del sombrero. Y me corrió electricidad por la espalda.

En eso siento que me zamarrean.

—¡Chei, chei! ¡Te has quedao opa⁴!

Era el José.

—¿Que no ves que no hay nada? No hay Sombrerudo, nada.

Era cierto.

—Pero si yo lo vi...

—¡Julepe⁵ que tenís, es lo que viste!

4 Idiota.

5 Susto súbito e intenso.

El José apartaba los pastos. Me puse a hacer lo mismo, y del Sombrerudo, ni huellas. ¡Uf! ¡Pero un olor hediondo⁶...!

Y el José que grita:

—¡Ahí, ahí!

Ahí había una bosta grande, redonda, amarilla. ¡Bosta de Sombrerudo! Disparé como liebre. Quería estar con la tía Balbina. Hasta dormir la siesta quería.

—Pero si ya se fue... ¡Se ha ido...! Llevémonos los higos, sonso...

De a poco fui aminorando. Hasta que paré. El José insistía, pero yo no iba a subir al árbol. No.

—Haceme pie, por lo menos —dijo el José.

Temblando como un valiente, empecé a volver. Y le hice pie. El José trepó y cortaba higos.

Yo los abarajaba. Me metí muchos en los bolsillos. Todos los que entraron. Los otros los amontoné en el suelo, para el José.

En eso, siento un chasquido entre los pastos.

¡Chau...! Salí disparando otra vez.

—¡Pero si es un cuis! De acá lo veo... —gritó el José en la rama y se largó a reír.

6 Un olor muy desagradable.



Pero ya mi cabeza no mandaba. Eran mis piernas. La risa del José se oía cada vez más lejos. Hasta que no la oí más.

Llegué a la tapia de la tía, me prendí de una saliente y salté al membrillo. Me bajé por las ramas, caí en el patio y pasé adelante del horno. ¡El horno!

Yo no miraba nada, pero se nota que las orejas las revolaba en todas direcciones. Porque oí el golpe de unos pies chiquititos, como de bebé de teta. Como si hubieran saltado desde la tapia. Me acordé de la mano de fierro, de la mano de lana, de la cabeza cosida, del yeso y del hospital.

—¿Con cuál mano querís que te pegue, robón de fruta?

Me vacié los bolsillos y regué los higos por ahí. No sé lo que quería hacer yo. Como que no tenía la culpa. O le quería hacer ver que me arrepentía. No sé. Entré en la casa sin mirar a quién dejaba afuera.

Me metí en la cama y me tapé hasta el pelo. ¡Con el calor que hacía! El corazón me zapateaba un malambo.



—¡Pero mirá qué sucio! ¿Dónde anduviste? ¡¿Dónde?! Más vale que no te hayás trepao al membrillo... ¡¡Más vale!!

Era la tía Balbina, que me había destapado. Estaba hecha una furia. ¡Una furia! Pero yo no iba a confesar.

—Andá... ¡Salí de acá, con esa mugre! ¡Andá afuera!
¡Andá!!

Adentro, la tía furiosa; afuera, el Sombrerudo. ¿Qué era peor? No sé, la cosa es que salí al patio de nuevo. ¡Ay...! los higos. Seguían regados al sol.

Los empecé a juntar, desesperado. Vigilaba el horno y la puerta de la cocina al mismo tiempo. Y eso que quedan para lados contrarios.

Los higos me hacían bulto en los bolsillos. La tía se iba a dar cuenta. Entonces se me cruzó una idea. Y me los empecé a comer.

Mordía y, sin masticar, tragaba. Mordía, tragaba. Mordía, tragaba...

En eso, me gorgotearon⁷ las tripas. Fuerte. Y otra vez. Y otra. Mi barriga era un revoltijo. Una olla de nervios y de higos calientes.

¡Ayyyyy...! ¡Qué dolor! Hasta del Sombrerudo me olvidé. Hasta de la tía. Y no alcancé a llegar al baño. No. No llegué.

Lo que sí llegó a todos los rincones de Catamarca fue el aroma de mi mal momento.

⁷ Produjeron un ruido parecido al que hace un líquido al moverse dentro de una cavidad.

Vi a la tía salir al patio y fruncir mucho la nariz.

Y te aseguro que vi a un hombrecito enano, todo de negro, salir del horno. Vi que miró a la tía. Y te juro que le salieron chispas por los ojos.

—¡Puerca! ¡Puerca! ¡Puerca! —chillaba el Sombrero-do echándole la culpa a ella, por lo visto—. ¡Puerca! ¡Puerca! ¡Puerca! —seguía chillando.

Trepó al membrillo, saltó la tapia y no volvió a la casa nunca más.

La Salamanca

En muchos lugares de la Argentina, se escucha hablar de la Salamanca. Hasta existen muchas canciones folclóricas que mencionan su existencia. Dicen por ahí que la Salamanca es la cueva del diablo, donde bailan los brujos junto con las alimañas y con las almas de los condenados. Muchos son los que quieren ir a la Salamanca, porque parece que ahí se puede conseguir que el Malo le dé a uno las mayores destrezas en el canto, en el arte de la palabra, en la jineteada o en lo que sea. Claro que la cosa no es fácil. Pocos saben cómo llegar, y menos aún son los que conocen el modo de entrar. Además, si uno entra, parece que debe atravesar pruebas muy difíciles y, finalmente, pagar un precio muy alto, como dicen que le pasó al gaucho Santos...

La Salamanca

El Santos era un gaucho joven: fuerte, el hombre. Por donde andaba, iba enamorando chinas. Pero no le bastaba. Porque, aparte, era medio cantor. Medio, nomás. Y él quería ser cantor famoso. De los de magia en la guitarra, quería ser. De los de hechizo en la voz.

Y daba cualquier cosa a cambio, el Santos. Cualquier cosa.



Una noche, en la pulpería, oyó a aquel viejo hablar de la Salamanca. Y paró la oreja. El viejo siempre hablaba, pero recién esa noche dicen que el Santos le prestó atención. De seguro le habrá venido un escalofrío.

Porque él creía en esas cosas. Desde chico.

¿Y no tenía buen caballo? Tenía. ¿Y no estaba hecho a andar los caminos? Estaba. ¿Y no podía preguntarle al

viejo dónde quedaba la Salamanca? Al viejo le costó unos cuantos tragos soltar la información, pero el Santos los pagó. Eso lo vi yo mismo y lo escuché también hablar al viejo. Brujo en persona, parecía. Adobado¹ en alcohol. Vi que después se agachó y le habló al oído al Santos. Más que seguro le dijo el lugar secreto. Y algunas cosas más. Lo de la piedra roja, por ejemplo. Y sobre todo, *la palabra*.

Al Santos le tiene que haber corrido un frío. Porque ni siquiera dio las buenas noches. Lo vimos salir de la pulpería y saltar sobre su flete². Con la guitarra a la espalda iba. Al galope.



Acá es donde yo empiezo a maliciar³ lo que ha de haber pasado. Porque contarle, él nunca lo contó. Pero se sabe lo que vino después, lo que es el Santos ahora. Uno lo ve y lo escucha. Y no hace falta ser adivino.

1 Impregnado, como la carne en los condimentos con los que se la cocina.

2 Caballo de montar.

3 Sospechar, suponer.

Muchos días habrá tardado en llegar hasta ese valle rodeado de montañas, que de seguro el viejo le había nombrado. Yo también se lo podía haber dicho. A ver si se piensan que el viejo era el único.

El caso es que habrá llegado. Y en el río que cruza el valle habrá dejado que el caballo apagara la sed. Él también. La sed de su lengua apagó, isi lo sabré yo! Pero no la del corazón.

El Santos vuelve a montar; es como si lo viera. Trepa la falda del monte y, a medida que sube, el canto de los pájaros se va volviendo gemido. Lo mismo me pasó a mí. A cada movimiento, los cascos del caballo espantan alimañas. A ver si se piensan que el Santos es el único que entró en la Salamanca.

Al llegar a lo alto, ahí donde el sol se gasta las últimas luces, es como si lo viera al Santos darle rienda a su flete hacia la quebrada y, cuando ya el sendero se angosta tanto que no se avanza más, tropieza con aquella piedra roja, grande, un poco anaranjada. Esa que a mí también se me cruzó.



Lo veo de pie junto al caballo. Asegurando la guitarra a la montura. Y el flete relincha, bufa, desprende con un casco la tierra seca. Pero ya el Santos ni le presta atención. Lo estoy oyendo pronunciar la palabra que de seguro le sopló el viejo.

Y entonces es cuando la entrada se deja ver. Veo al caballo, las crines de punta, que da un corcovo⁴ y dispara al galope. Y lo veo al Santos entrar en la cueva, en la Salamanca. Lo mismo que antes había entrado yo.



Porque a mí me pasó todo eso, ya lo he dicho.

En el primer pasillo del laberinto, me saqué las pilchas⁵. El mismo viejo me lo había explicado. Y esperé un signo.

Hasta que me roza un bicho que no alcanzo a ver. Pero sé que es un basilisco⁶. Por las huellas que deja, lo sé. Y oigo allá lejos, a lo hondo, un arpa.

El laberinto se pone complicado, pero yo sigo la huella del basilisco y también sigo la música. ¡La pucha que es retorcido! Más adentro, más abajo...

4 Salto que dan algunos animales encorvando el lomo.

5 Prendas de vestir.

6 Monstruo fabuloso parecido a la serpiente; se dice que mata con la mirada.

En eso, paso a un lugar... como un galpón de grande. Más grande, todavía. La luz es roja. Un poco veo, mucho no.

Siento un susurro, un raspón, un chasquido. Y dos serpientes me suben por las piernas. Sacan y entran la lengua. ¡Velay⁷, los ojos que tienen!

Me las quiero arrancar, pero no puedo. Y aparecen iguanas escamosas que tienen uñas y colmillos. Doy unos pasos para atrás, con las serpientes subiéndome, y rozo algo peludo, blando. Una tarántula. Hay muchas. ¡Ay...! Muchas.

Trago saliva y dejo que las serpientes trepen, que las arañas raspen, que las iguanas me mordisqueen. La frente y los sobacos me transpiran frío. Las alimañas siguen, me viborean sobre el pecho, llegan al cuello. Me babea la cara. Y empiezan a bajarme por la espalda. ¡Velay, que estoy como de piedra! Hasta que baja la última. Y siguen viaje por el suelo. Y yo respiro.

Pero, de golpe..., ahí está el chivo de crenchas⁸ sucias. El viejo me había avisado. Y ahí lo tengo. Grasiento, de cuernos curvos. Me va a topar.

7 Interjección que se usa para expresar resignación.

8 Pelos.

Pero le paso por el costado como si no lo viera. Y es cierto lo que dijo el viejo: el chivo no me ve. Pero, ¡la pucha...! en eso se da vuelta y ¡TOC!, un golpe seco. Me estampa contra la roca. Quedo atontado, reboto y caigo al precipicio. En espiral es que caigo. ¡Más que precipicio! Es abismo. Yo caigo. Y suben humos, neblinas. Veo caras que aúllan. ¿Es una catarata lo que se oye abajo?

Caigo, caigo. Miro arriba. Veo volar un búho. Los ojos le llamean. Y vuela en círculos. Miro abajo. Veo pasar murciélagos. Miro hacia todas partes. Destellan luces malas.

¡Cómo no voy a saber las que ha pasado el Santos! Yo, que las pasé todas. O bueno, casi todas.

Al Santos lo veo caer igual que caí yo. Y se da la cabeza contra el fondo. Y ahí se queda, desmayado.



El Santos se despierta en el salón del trono. Iluminado por las lámparas de aceite. Olor a templo, cortinados lujosos, columnas, mármol. En la pared están las cien antorchas. Y allá, en el fondo, el trono. Rodeado de lechuzas, quirquinchos, lobisones, chanchos,

culebras, sapos. Y hechiceros y brujas y diablos mezclados y revueltos.

Una explosión, y la pared se parte. Y, de golpe, un silencio que no se puede ni aguantar. Y ahí... ahí sale Mandinga⁹. Ahí se sienta en el trono. Hombre y serpiente a la vez. Hediendo a azufre¹⁰.

—¿QUÉ DESEA EL QUE ME BUSCA?

Es como trueno la voz de Mandinga y acaba en silbo de víbora. Ahí es donde yo no quiero saber más, no puedo. Ahí es donde yo reculo¹¹. No atino a contestarle. Porque entrar a la Salamanca, vaya y pase, pero ¡hablar con Mandinga...!

Y acá es donde yo digo que el Santos fue distinto. Que el Santos no ha reulado, digo. Digo que le contestó. No baja la cabeza, el Santos. No le tiembla la voz. Lo escucho claro y fuerte:

—QUIERO HECHIZAR A TODOS CON MI CANTO.

Y Mandinga, que se frota las manos:

—Pero eso va a costarte... el alma. ¿Te conviene?

—¿Adónde hay que firmar? —oigo que dice el Santos.

—No tanto apuro —se sonríe Mandinga.

9 El diablo.

10 Elemento químico; su olor desagradable suele asociarse con el diablo.

11 Retrocedo.



Y, con un gesto, abre una grieta honda en el fondo de la Salamanca. De ahí aparecen monstruos que ni nombre tienen. Le cortan el paso al Santos. Viene una luz de la hendidura¹². Y me la juego que el Santos se le anima.

El viejo me ha contado que en ese momento es cuando Mandinga tira un cuchillo. Y que el cuchillo cae de filo sobre la grieta. Y que Mandinga dice:

—¿SERÁS CAPAZ DE CRUZAR ESTE PUENTE?

Y es como si lo viera al Santos, con la frente alta. Ni pestaña. Los monstruos se le apartan. Apoya un pie desnudo sobre el filo del cuchillo. Después, el otro. Está cruzando. Chorra sangre. Ni se queja. Mira abajo. Ve el crucifijo. Y entonces oigo que Mandinga grita:

—¡ESCUPILO!



Era la última prueba, a la que yo ni llegué. Pero el Santos la superó de seguro. Y entonces una bruja desenroscó el pergamino. Y Mandinga se sonrió con la ceja para arriba:

—BIENVENIDO A MIS HUESTES¹³, CONDENADO.

¹² Rajadura.

¹³ Ejército; conjunto de seguidores de un líder.

Un brujo le ha dado al Santos un talismán con patas de insecto. Se lo ha clavado en la mano. La sangre brota, y en ella la bruja moja la pluma.

Estoy seguro de que el Santos ha firmado el contrato. Ese que yo nunca llegué a firmar. Y por eso soy cantor, sí... pero cantor del montón.

En cambio, el Santos... hay que ver lo que es hoy el Santos. Hay que oírlo cantar. Hay que quedarse con la boca abierta por esos versos que le brotan como el agua. Por esa música que hace temblar el aire. Y que al más duro lo hace lagrimear.

Hasta un tonto se da cuenta de que ha vendido su alma al diablo.

Santos Vega

¿Qué habrá sido del gaucha Santos, luego de que firmó su pacto con el demonio? Cuenta la leyenda que se convirtió en un cantor extraordinario, como había sido su sueño. Su apellido era Vega, y tan famoso se hizo, que su mito inspiró a muchos escritores. En 1948, cuando se inauguró su monumento en los pagos del Tuyú, provincia de Buenos Aires, se leyeron las siguientes palabras: "La existencia de Santos Vega demuestra que nuestra tierra no solo fue de gauchos, de campesinos y de guerreros, sino de poetas y de cantores, herederos de los sentimientos de la vieja España, que transmitieron a las generaciones futuras el gusto de las cosas bellas, la inspiración de nuestros campos y el amor a la libertad". Claro que también se cuenta que el gaucha tuvo un final de esos que suelen tener los que hacen pactos con Mandinga...

Santos Vega

Vega fue el apellido con que el gaucho Santos firmó contrato con el diablo. Santos Vega firmó, sangrante y desnudo, en lo más profundo de la Salamanca. Y con esa firma vendió su alma. A cambio, Mandinga le iba a cumplir su deseo de ser cantor famoso, artista grande.

Santos Vega firmó y, al levantar la pluma, un alboroto infernal de brujas y brujos estalló en la cueva. En las entrañas de la Salamanca se festejaba la compra que había hecho el diablo. Brujos y brujas con antorchas encendidas entraron a bailar alrededor de una olla puesta al fuego.

Desde su trono, Mandinga contemplaba el festejo rodeado de culebras, cerdos, sapos, quirquinchos, lechuzas, lobisones.



Al ritmo de la danza, el líquido del caldero comienza a hervir. Un brujo lo revuelve con una vara de tala¹. Lo bate. Una bruja trae un sapo y lo arroja en la olla. También la lengua de un perro sin dueño, que durante muchas noches aulló a la luna. El brujo de la vara arroja al caldo ojos de iguana. Y alas de vampiro.

Todo hierve en el caldero. Los seres infernales baten palmas, lanzan gritos. Es el aquelarre². Murciélagos que vuelan. Cerdos que gruñen. Chistan las lechuzas, los lobisones aúllan. El batifondo es tanto que retumba la tierra. Y en el rancho más cercano, a muchas leguas, una china de ojos negros se persigna³.

—¡Hay baile en la Salamanca!



Santos Vega solo piensa en salir pronto de ahí.

Mira hacia arriba y, sobre el abismo que se abre en espiral, vuela en círculos un búho de ojos en llamas. Sin dudar de sus fuerzas, el gaucho empieza a trepar

1 Árbol de madera blanca y fuerte.

2 Encuentro de brujos y/o brujas.

3 Se hace la señal de la cruz.

la roca viva⁴. Lo acompaña el estruendo del aquelarre. El humo y las neblinas del infierno lo chupan hacia arriba. Y él trepa, trepa. Hasta que pone una mano en el borde del precipicio. Y una rodilla. Alza el cuerpo y, de un salto, se levanta. El chivo de crenchas sucias, que antes lo había arrojado a ese pozo sin fondo, ahora le lame la sangre como perro mansito.

Y Santos Vega avanza hacia la salida. Desde sus cuevas y nidos, decenas de arañas lo ven pasar. Reptiles verdes con garras y colmillos también lo miran. Ninguno lo molesta. Los ojos de las serpientes no amenazan. Nada de lo que hicieron antes para trabarle el paso se lo impide ahora. Y pronto Santos Vega llega al laberinto por el que antes ha entrado y ahora espera salir.

Apenas pone un pie en el primer pasillo, suena un arpa a sus espaldas, y un basilisco se le adelanta para mostrarle el camino. Son los mismos indicios de cuando entró. Ahora lo guían para salir. El gaucho sigue al basilisco, avanza por las galerías. El sonido del arpa es cada vez más débil. Es que se aleja de las honduras del infierno, se va acercando a la superficie. Cuando la luz del amanecer entra en la cueva, sabe que ha llegado.

4 Roca que no está cubierta por tierra.

Contra la pared de piedra ve sus botas, sus pilchas. El basilisco no está más, no se oye el arpa.

Santos Vega se empieza a vestir. Ya se calzó las botas, ya se anuda el pañuelo. Ya levanta del suelo su sombrero de gaucho, cuando escucha allá arriba, allá afuera, un relincho. Y sale de la cueva.

Mira atrás y solo se ve una roca grande, de color rojo-anaranjado, que es la señal para los creyentes. Pero la entrada, ya no está. Cuando vuelve la cabeza, ve su flete. Antes se había escapado, pero ha vuelto. Lo recibe con un relincho. Bien atada a la silla, su guitarra.



Santos Vega piensa ahora en la promesa que le va a cumplir el diablo. Y le falta tiempo para desatar su guitarra. Se la cuelga a la espalda y monta. Allá va, por el camino.

Allá vuelve, legua y legua, hacia sus pagos bonaerenses.

A ver si vale la pena haber hecho el trato que hizo. Haber vendido el alma que vendió.

Muchos días tarda en llegar hasta la pulpería aquella donde un viejo muy entendido le contó los secretos de

la Salamanca. Tarda mucho, pero es allí adonde quiere ir. A empezar su carrera de cantor.

El viejo lo ve entrar y arruga el ceño. No parece cansado el gaucho Vega, y eso que viene de tan lejos. Cuando se cruzan las miradas, el viejo sabe que el mozo ha encontrado la Salamanca y que ha firmado contrato con su sangre.

Con la guitarra a la espalda, sin permitirse una sonrisa, el gaucho pide una caña y se la baja de un trago.

Ahora sí, guitarra en mano, alza el pie sobre una silla. Todavía no ha tocado una cuerda, cuando ya lo están mirando. Es Santos Vega, sí, pero parece otro. La frente despejada, los ojos como chispas. Las manos acarician las cuerdas como si fueran cabellera de mujer. Y el aire del boliche se podría cortar con un cuchillo.

Ahora está sonando el primer rasgueo. Ahora el cantor improvisa los primeros versos. Tristes palabras de patria sufrida. Bellas como nunca hubo otras. Santos Vega es poeta ahora. Y a aquellos gauchos rudos, castigados por el sol de la pampa, se les derrite, con cada acorde, el corazón.



Toda la noche cantó el payador⁵. Y la audiencia, embrujada. Y la noticia corrió de tal manera, que al boliche acudieron, al otro día, más de cien paisanos. Y a la siguiente noche, eran doscientos.

De los pueblos vecinos lo venían a buscar.

A nadie se negaba Santos Vega. Empezó a galopar de pueblo en pueblo. Y no quedaba uno que no lo fuera a escuchar. Para decir su nombre, más de cuatro se sacaban el sombrero. Y al pronunciarlo les temblaba la voz.



En un suspiro⁶ se le pasaban los días al gaucho artista. Y los meses y los años. Su vida no podía ser más venturosa⁷ mientras su fama se alargaba.

No precisaba más. Hasta tenía una moza de ojos negros que daba un beso a las cuerdas justo antes de empezar a cantar.



5. Cantor que improvisa sobre temas variados, acompañándose con la guitarra, generalmente en competencia con otro.

6. Rápidamente.

7. Dichosa, feliz.

Es de madrugada. La guitarra descansa mientras Santos Vega duerme abrazado a su china y en sueños oye unas voces.

—¿Qué desea el que me busca?

—Hechizar la pampa con mi canto.

—Pero eso cuesta... el alma. ¿Te conviene?

—¿Adónde hay que firmar?

En sueños ve el contrato. Y una pluma mojada con su sangre. Y ve su mano firmando: *Santos Vega*. Y oye una carcajada cavernosa, interminable...

—¡Bienvenido a mis huestes, condenado!

“Condenado, ado, ado...” hace eco la voz de Mandinga en el sueño de Santos Vega, que se despierta hecho sudor.



Desde la noche del sueño, el cantor se iba de cada pueblo pensando que los diablos habían llegado a buscarlo. Y se acercaba al siguiente pensando que los diablos lo esperaban allá.

Su galope por la piel de la pampa se convirtió en un largo escapar. Pero nada pasaba. Y esa guitarra y ese

canto seguían hechizando al pueblerío. Y esa morocha de ojos negros seguía besando las cuerdas y enjugando el sudor de cada pesadilla.

Una tardecita, después de un partido de pato⁸, unos cuantos paisanos estaban a la sombra de un ombú. Algunos dormitaban, y Santos Vega era uno de ellos.

Los que andaban despiertos vieron llegar un jinete al galope y desmontar de un salto. Algunos otros despertaron; pero Santos Vega, no. Entonces el jinete se dirigió a él y, sin más trámite, lo despabiló de una sacudida. Después, poniendo a todos por testigos, lo desafió a cantar.

—A ver cuál de los dos es el mejor —le dijo.

—¿Y vos quién sos? —le preguntó, altanero, Santos Vega.

—Juan Sin Ropa —dijo el otro.

Y todo el paisanaje se echó a reír.

Pero Juan Sin Ropa se sentó en un raigón⁹ del ombú y empuñó su guitarra.

Cuando la risa general se calmó un poco, Santos Vega pidió que le alcanzaran la suya, se sentó a su vez y comenzó a cantar.

8 Competencia deportiva con pelota, en la que los jugadores están montados sobre caballos.

9 Raíz gruesa que queda al arrancar una planta.



Otra vez le cantaba a la patria, y fue su canto el más dulce, el más triste y más bello de los que hasta el momento había cantado. El paisanaje lo escuchaba con silencio de misa. Más parecía canto de ángel que de gaucho argentino.

La noche ya avanza sobre la sombra del ombú, cuando Juan Sin Ropa alza la mano, toca una rama. Brota una gran lengua de fuego.

Los paisanos se persignan y al mismo tiempo dan un paso atrás. Las llamas envolvieron a Juan Sin Ropa como lo hubiera envuelto un poncho. Santos Vega se pone en pie.

Pero así, emponchado en llamas, Juan Sin Ropa canta. Hace música y canta. Y es su voz tan potente, suenan sus cuerdas con tan terrible belleza, que Santos Vega va agachando la cabeza a cada acorde, a cada verso. Cada nota le pesa sobre los hombros, lo encorva. Va resbalando hacia el suelo. Se va doblando como quien se marchita.

Con el rasgueo final, Santos Vega llora sobre su guitarra:
—Estoy vencido —declara.

El fuego de Juan Sin Ropa se propaga entonces hasta encender todo el ombú. Los paisanos retroceden más. Y es solo para ver cómo las llamas caen sobre

Santos Vega. Y en un respiro lo consumen hasta volverlo ceniza.

Por una grieta del suelo, Juan Sin Ropa escapa convertido en serpiente. Y la serpiente se lleva el alma de Santos Vega. Esa que Mandinga había venido a cobrar.

El Pujllay

El carnaval es una fiesta importante en casi todo el mundo y se lo suele celebrar con mucha algarabía y colorido. En cada lugar, la celebración del carnaval tiene sus características propias. Uno de los festejos más hermosos es el que se hace en la zona de la puna (en el norte de la Argentina, en el Perú y en Bolivia). Aquí conocerán lo que hacen los que intervienen en la fiesta, las canciones que entonan al compás de los instrumentos típicos y las palabras que se dicen cuando desentierran al Pujllay, un muñeco con ropas coloridas que representa al diablo y bailará con todos hasta el último día del carnaval. Pero ¿qué pasa con él cuando la fiesta se acaba? ¿Adónde va a parar el diablo cuando termina el carnaval?

El Pujllay

Los hombres vienen subiendo el cerro. Respiran el silencio de la Quebrada. Llegan hasta la apacheta¹ con un respeto sagrado.

Allí ha sido el entierro de hace un año. De allí lo van a desenterrar. Ya están abriendo la sepultura. Ya está el diablo al salir.



*Llegando está el carnaval
quebradeño mi cholitay...*

El Pujllay ya salió de la tierra. Parece un muñeco pintado y andrajoso, pero es el diablo. De repente todo es música y bochinche...

1 Montículo de piedras, a manera de altar, que se hace en honor a la Pachamama (la Madre Tierra), en el noroeste argentino, en el Perú y Bolivia.

*Fiesta de la Quebrada
carnavalito para bailar...*

¿Y ese que viene a los saltos? Va vestido de rojo y de colores. Baila como un condenado. Es el Pujllay. El de trapo y el que baila son el Pujllay. ¿Son dos? Son uno. ¡Unito nomás!



Acá vengo, revofoando la cola como látigo.

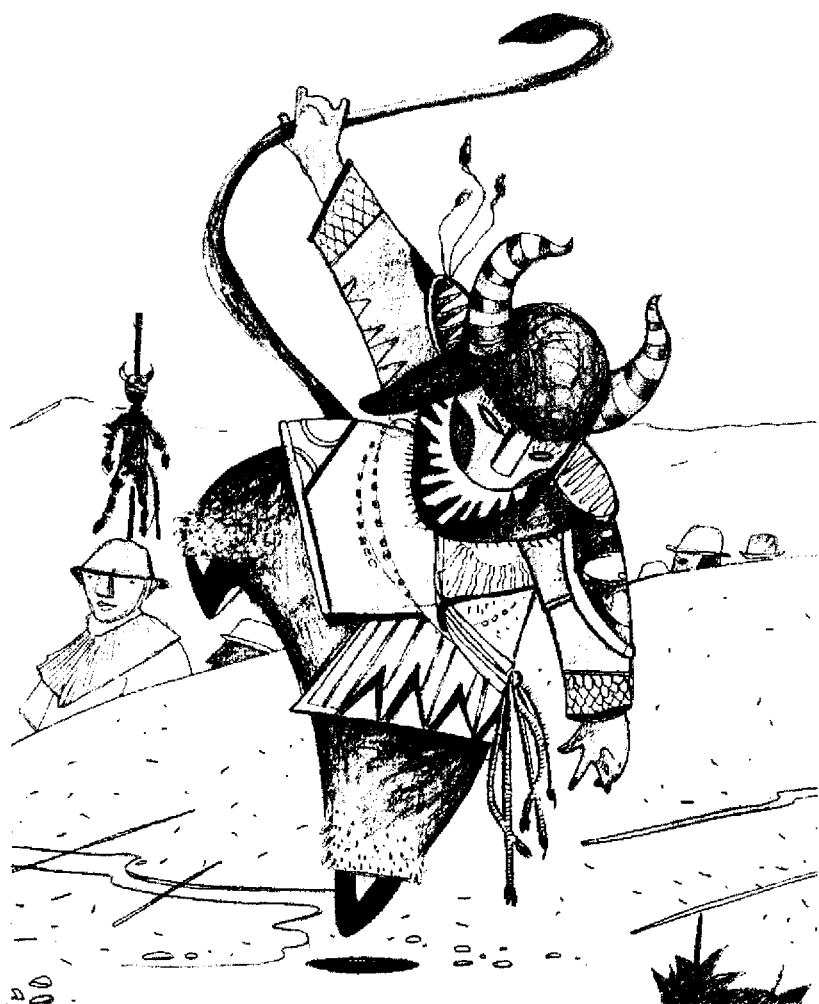
*Erke, charango y bombo²,
carnavalito para bailar...*

Traigo la cara tapada y me invento otra voz. Y nadie me ha de reconocer. Jua... jua... jua... juaaaaaa...

*Fiesta de la Quebrada,
carnavalito para cantar...*



² Instrumentos musicales. El erke es un instrumento de viento. El charango es un instrumento de cuerdas. El bombo es un instrumento de percusión.



El Pujllay viene bailando a los corcovos. Y con los demás diablos detrás. ¡Qué trajes de colorinche y cascabeles!, ¡qué lentejuelas y espejitos!

Los diablos vienen contagiando bochinche. Y a todita la gente la van a endiablar.



Acá venimos los diablos, bajando el cerro. Diablos con traje de diablo, somos. Diablos nomás.

Mira pues, allá abajo en el pueblo. Ya se ven las mujeres alborotando. Porque los diablos las vamos a buscar.

Mira pues qué revuelo de polleras yutas³ y de trenzas.

Hoy elegimos los diablos. Cada cholita se ha de ir con el que la tope. Seas lindo o feo se ha de ir contigo. Vete eligiendo. Que con el diablo que la elija, cada chola ha de carnavalear...



Ya se armó el alboroto. El Pujllay amenaza con su cola de látigo. Y se la da por las costillas al que no sale a bailar. Pica contra las piernas de las mujeres.

3 Faldas cortas.

*Carnavalito de mi querer:
toda la rueda venga a bailar...*

Las carcajadas del Pujllay hacen alzar los pies del suelo. El ritmo del bombo los pone a saltar. El alcohol de la chicha⁴ espanta la vergüenza.

Las caras se embadurnan con puñados de harina. Y a nadie le remuerde lo que hasta ayer fue prohibido. Porque todita la culpa es del Pujllay.



Ya van varios días que el Pujllay no duerme. Meta baile y más baile.

Que solo una semana le ha de durar la vida al diablo. Y la piensa aprovechar.



Vámonos a las casas, a los "invites". Que nos han de convidar choclos, habas y papas, cordero y queso. Toquemos y cantemos y bailemos. Y chupémonos todo lo que hay...

⁴ Bebida alcohólica que se obtiene por la fermentación del maíz.

*Fiesta de la Quebrada,
carnavalito para bailar...*



De cada casa salen más machaditos⁵ y con más ganas de carnaval.

*Erke, charango y bombo,
carnavali...*

Pero ha llegado el miércoles de Ceniza⁶ y se le está gastando la vida al diablo. ¡Velay que es llegada su hora! Velay que el alboroto se va apagando. Como si un poncho oscuro bajara del cerro... para velarlo al Pujllay.



Se me va yendo mi vida diabla. Pujllay que bailo y me muero. Pujllay de trapo me muero también.

Me están llevando de regreso al cerro. ¡Ay, cómo suenan los erkes!...

⁵ Borrachos.

⁶ Día en el que termina el carnaval.

*Ya se ha muerto el carnaval
y lo llevan a enterrar...*



Las cajas⁷ marcan con toques lentos el paso de la gente que arrastra los pies. Son pasos de funeral.

Junto a la apacheta se detienen. Le dan de comer a la Pachamama⁸. Le piden mejor cosecha, más ganado. Una vida mejor.

Están abriendo el pozo ahora. El pozo mismo de donde antes lo desenterraron. El Pujllay de trapo ya se ha muerto y lo sepultan. Y al que bailaba se le ha muerto ahí mismo su vida de Pujllay.

Con la cabeza gacha y la ropa de siempre, él también con los cholos y cholitas está llorando la muerte del carnaval.

*Échenle poquita tierra,
que se vuelva a levantar...*

7 Instrumentos de percusión.

8 Divinidad quechua que representa a la Madre Tierra.

Que se vuelva a levantar andan pidiendo. Pero saben que falta un año entero. De cansancio mucho y de alegría poca.

La gente baja del cerro con la boca cerrada y la mirada en sombras.

Todo un año enterito. Hasta el otro carnaval.

Actividades

ACTIVIDADES PARA COMPRENDER LA LECTURA

LA DEOLINDA

Entre todos, respondan a las siguientes preguntas.

- ¿Por qué el marido de la Deolinda es reclutado para combatir?
- ¿Qué hizo Deolinda cuando su marido fue reclutado?
- ¿Cómo nació el culto de la Difunta Correa?

LOBISÓN

Entre todos, discutan y respondan a las siguientes preguntas, teniendo en cuenta lo que dice la leyenda del lobisón.

- ¿Qué tiene que suceder para que un niño se convierta en lobisón?
- ¿A qué edad se cumple la maldición?
- Para liberar a la criatura de la maldición, ¿qué debe hacerse?
- ¿Por qué Benito no pudo liberarse de la maldición?
- ¿Qué señales indican que hay un lobisón rondando?
- ¿Qué cosas ahuyentan a estas criaturas?
- ¿Cuál es el único modo de dar muerte a un lobisón?

LA TELESITA

Comenten entre todos y expliquen, en forma oral, las siguientes frases extraídas de la leyenda.

- “Alguna mala lengua hablaba de que tenía sonrisa boba”.
- “Un dolor hondo la desbarrancó por dentro”.
- “La música le ponía burbujas en los pies”.
- “Corrió del fuego y lo llevaba con ella, como antes había llevado aquel dolor”.

EL GAUCHITO GIL

Numeren los siguientes hechos según el orden en que aparecen en la historia.

- ☐ Una patrulla toma preso al gauchito, por desertor.
- ☐ El hijo del sargento se sana.
- ☐ El gauchito combate varios años en el Paraguay.
- ☐ El sargento da sepultura al cuerpo del gauchito.
- ☐ El gauchito pelea con el comisario por una muchacha.
- ☐ El sargento coloca una cruz en la tumba del gauchito.
- ☐ Le anuncian al sargento que su hijo está enfermo.
- ☐ El sargento mata al gauchito.

LA VIUDA

Relean la historia y respondan a las siguientes preguntas.

- ¿Por qué don Rosendo se enoja con don Vargas?
- ¿A quiénes persigue la Viuda? ¿Por qué?
- ¿Qué imaginan ustedes que vio don Vargas al final?

EL SOMBRERUDO

Busquen y subrayen en el texto frases que sirvan para ejemplificar estas afirmaciones.

- La tía Balbina es severa.
- Las horas de la siesta, en Catamarca, son muy calurosas.
- Don Wenceslao no es generoso.
- El Sombrerudo es muy bajito.
- El narrador le tiene mucho miedo al Sombrerudo.

LA SALAMANCA

Escriban V o F para señalar si las siguientes afirmaciones son verdaderas o falsas.

- ☐ Santos era el mejor cantor del mundo.
- ☐ La entrada de la Salamanca está indicada con una piedra negra.
- ☐ Para entrar en la Salamanca hay que conocer una palabra mágica.
- ☐ El caballo de Santos no se asusta nunca.
- ☐ El que cuenta la historia firmó un pacto con Mandinga.
- ☐ Mandinga se sienta en un trono.
- ☐ Mandinga es una mezcla de hombre y cerdo.
- ☐ El narrador cree que Santos se negó a venderle el alma al diablo.

SANTOS VEGA

Vuelvan a leer el cuento y, entre todos, respondan a estas preguntas.

- ¿Cuál fue el pacto que Santos Vega hizo con el diablo?
- ¿Qué sueña Santos una noche? ¿Qué significa para él ese sueño?
- ¿Quién es Juan Sin Ropa? ¿Cómo nos damos cuenta?
- ¿Cumple el diablo su parte del pacto? Y Santos Vega, ¿cumple su parte?

EL PUJLLAY

Relean la historia y conversen con sus compañeros sobre los siguientes temas:

- ¿En qué fecha se desentierra al Pujllay?
- ¿Por qué dice el texto: “el de trapo y el que baila son el Pujllay”?
- ¿Qué indican los distintos tipos de letra que tiene este texto?

ACTIVIDADES DE PRODUCCIÓN DE ESCRITURA

LA DEOLINDA

Escriban un reportaje.

Imaginen que son periodistas y entrevistan a los arrieros que encontraron el cuerpo de la Deolinda en el desierto. Piensen qué preguntas les harían y cómo las contestarían ellos. Escriban el diálogo en forma de entrevista periodística. Pónganle un título y hagan una breve introducción.

LOBISÓN

Redacten instrucciones.

Encontrarse con un lobisón a medianoche es algo poco recomendable. Por suerte, hay una serie de cosas que puede hacerse para espantar a la criatura. Escriban “Instrucciones para evitar inconvenientes con los lobisones”. Dividan las instrucciones en dos partes:

- Cosas que conviene hacer para mantener a los lobisones lejos.
- Cosas que uno tiene que hacer cuando se encuentra cara a cara con un lobisón.

LA TELESITA

Escriban un retrato.

El retrato es la descripción de una persona, en la que se presentan sus características físicas y también se habla de su comportamiento y su manera de ser. Relean el cuento y tomen nota de toda la información que les sirva para hacer un retrato de la Telesita. Luego, escriban el retrato.

EL GAUCHITO GIL

Escriban una nota de pedido.

Según el relato que leyeron, los vecinos de Corrientes firmaron una nota para pedirle al gobernador el indulto del gauchito Gil. Conversen entre todos: ¿qué datos habrán presentado los vecinos para fundamentar su pedido? Anoten todas las ideas que surjan en el diálogo y luego escriban la nota de pedido tal como imaginan que pudieron haberla presentado los vecinos.

LA VIUDA

Escriban una historia de venganza.

En la literatura y en el cine existen muchas historias de vengadores que, como la Viuda de esta leyenda, se encargan de reparar el mal del que fueron víctimas. Conversen con sus compañeros: ¿cuáles de esas historias conocen? ¿Qué elementos aparecen en todas ellas? Imaginen y escriban una historia de venganza en la que el protagonista sea un personaje con poderes especiales.

EL SOMBRERUDO

Cuenten una historia desde otro punto de vista.

Este relato está narrado desde el punto de vista de uno de los personajes: el sobrino de Balbina. Elijan otro de los personajes que aparece en la historia y narren lo que sucedió desde su punto de vista:

- José;
- Balbina;
- el Sombrerudo.

LA SALAMANCA

Escriban una descripción.

En el relato que leyeron se presentan unos cuantos datos acerca de cómo es la Salamanca. Tomen nota de todos los detalles que les parezcan importantes para hacer una descripción de ese lugar. Imaginen qué otros elementos podría haber allí. Con toda la información que reunieron, escriban una descripción de la Salamanca. Traten de hacerla de tal modo que produzca miedo cuando se la lee.

SANTOS VEGA

Escriban la receta para un hechizo.

Inventen una receta con poderes mágicos, para incluir en el “Recetario de los brujos”. Decidan primero qué efecto tendrá la bebida mágica (por ejemplo: hacer que las personas se vuelvan invisibles o se conviertan en escarabajos, etcétera).

Luego, escriban la lista de ingredientes que se necesitan y el procedimiento que hay que seguir para prepararla. Numeren cada uno de los pasos y procuren que las instrucciones sean claras.

EL PUJLLAY

Inventen un disfraz.

Los que participan en los desfiles de carnaval suelen ponerse disfraces vistosos. Elijan el personaje que les gustaría encarnar en un desfile de carnaval y describan el disfraz que usarían para caracterizarlo. Si quieren, además, pueden dibujar el disfraz que imaginaron.

ACTIVIDADES DE RELACIÓN CON OTRAS DISCIPLINAS

CIENCIAS SOCIALES

1. Ubiquen en el mapa.

En un mapa de la Argentina, pinten con distintos colores las provincias que aparecen nombradas en los mitos y leyendas leídos.

2. Realicen un folleto turístico.

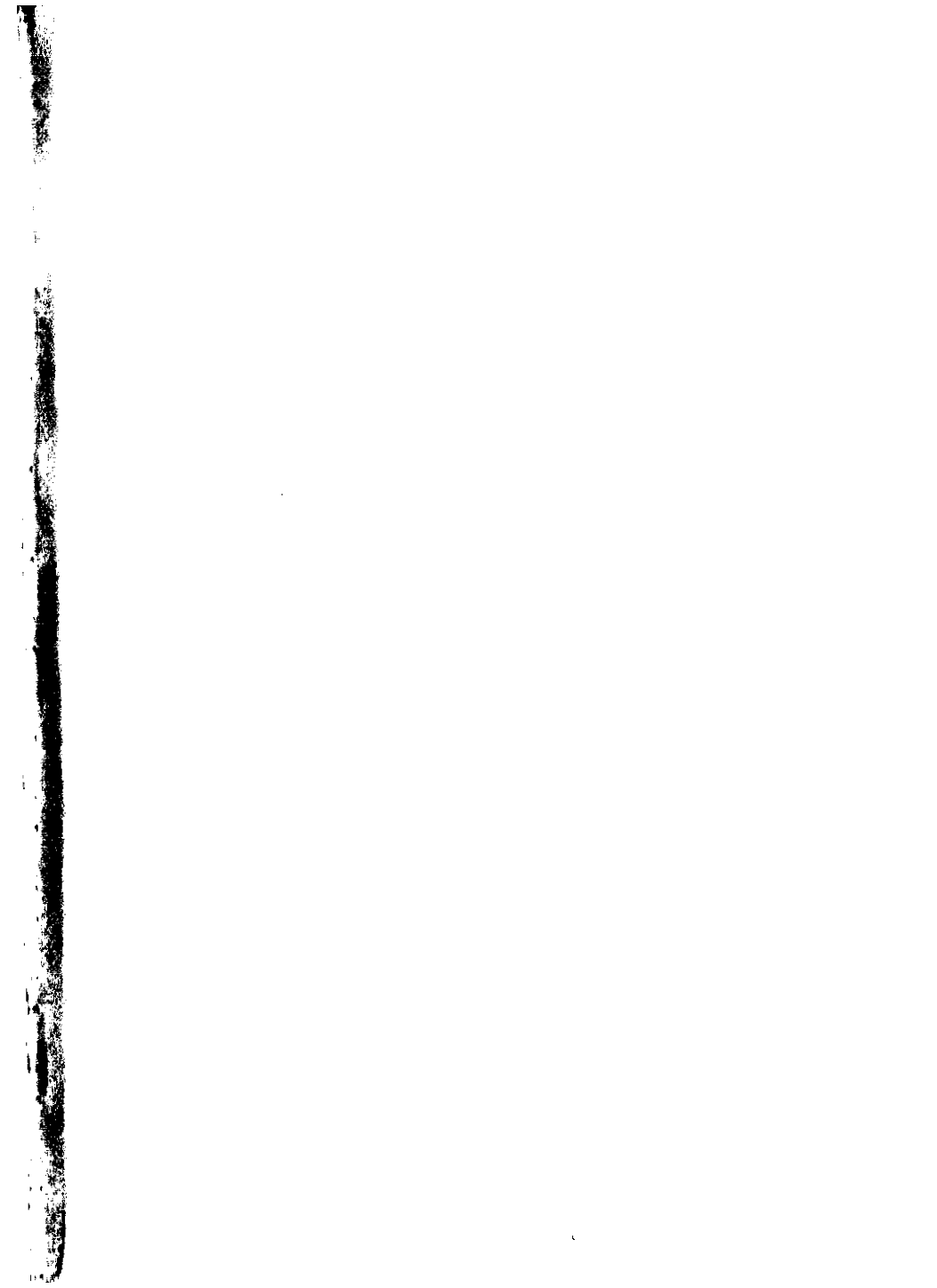
Divídanse en equipos y distribuyan las provincias que aparecen nombradas en los relatos que leyeron, de modo que a cada equipo le corresponda una.

- Busquen información, mapas y fotografías acerca de la provincia que les tocó.
- Elaboren un folleto turístico con todos los materiales que reunieron.

MÚSICA

3. Investiguen.

En un diccionario o en una enciclopedia busquen información acerca de los instrumentos musicales que se mencionan en “El Pujllay”. Si es posible, traten de ver fotografías y de escuchar los sonidos que producen.



IRIS RIVERA

Mitos y leyendas de la Argentina

Historias que cuenta
nuestro pueblo

Mucho, pero mucho antes de estar en los libros, todos los mitos y las leyendas populares han estado, están y seguirán estando en la boca de la gente.

Y así estas historias se han ido transmitiendo y haciéndose conocidas.

En este libro, Iris Rivera manifiesta su sensibilidad y su experiencia como escritora, para representar las narraciones de nuestra gente con la riqueza y los matices propios del relato oral.

**Estrada**www.editorialestrada.com.ar

Cód. 46479

ISBN 978-950-01-1661-9



9 789500 116619